

A woman with long brown hair, wearing a teal hooded coat, stands with her back to the camera in a forest of tall, thin trees. The ground is covered in green grass and fallen leaves. The lighting is soft and natural, suggesting a misty or overcast day.

LA VIDA

— QUE NO —
ELEGÍ

LORENA FRANCO



PRÓLOGO

(Fuente: Misterio a la orden)

La idea de que existen otros universos y por lo tanto, distintos mundos paralelos o líneas temporales, ha sido apoyada por diversos científicos a lo largo de los años, entre los que destaca el físico teórico y ganador del Premio Nobel en 1979, Steven Weinberg que comparó la teoría del universo múltiple con las señales de radio. Alrededor nuestro, existen cientos de distintas ondas de radio que emiten desde lejanas antenas en nuestro coche, nuestro salón o nuestro puesto de trabajo, que están repletas de estas ondas de radio. Pero una radio sólo es capaz de recibir una frecuencia a la vez, mientras que el resto de frecuencias siguen estando hasta que se logran sintonizar. Cada antena posee una energía y una frecuencia diferente y nuestra radio finalmente sólo será capaz de sintonizar una emisión a la vez. Así mismo, en nuestro universo estamos "sintonizados" en la frecuencia que corresponde a la realidad física. Y sin embargo, existe un número infinito de realidades paralelas que coexisten con nosotros en la misma habitación aunque no podamos sintonizarlas. Aunque se trata de mundos muy similares al nuestro, cada uno tiene una energía distinta porque cada mundo está compuesto de billones de átomos. Esto significa que la diferencia de energía es grandiosa. La frecuencia de estas ondas es proporcional a su energía y por lo tanto, las ondas de cada mundo vibran a distintas frecuencias y no pueden interactuar entre ellas.

Por lo tanto, si la teoría de los universos paralelos es cierta, la pregunta que todos nos hacemos es... ¿Qué realidad vemos? ¿Cómo es nuestra vida en el resto de dimensiones? Por lo general, los universos paralelos se dividen en dos clasificaciones. La primera puede denominarse un "universo divergente", donde dos versiones de la tierra comparten una historia común hasta un punto de divergencia. En este punto, el resultado de algunas historias sucede de manera muy diferente en las dos Tierras y a medida que el tiempo pasa desde ese punto, son cada vez más diferentes.

La realidad es que sólo vivimos una vida dentro de las muchas posibilidades que tenemos. Las personas que elegimos, nuestras relaciones sentimentales, los estudios por los que nos decantamos, el puesto de trabajo que nos ganamos, malos y buenos hábitos, el lugar donde nos instalamos... estas decisiones marcan un antes y un después en nuestra vida. Estas decisiones son nuestra vida. Incluso la decisión más pequeña, la que parece ser más insignificante, determina el curso de nuestra existencia. Pero... ¿qué pasaría si de repente, nos encontramos viviendo la vida que no elegimos? ¿Esa en la que pensamos que podría haber sido, pero que por cualquier razón, descartamos? Decisiones y casualidades. Causa y efecto. ¿Tenemos siempre el control de la situación? ¿El destino influye y nos guía? O como decía aquella canción de Joan Manuel Serrat... *"No hay nada más bello que lo que nunca he tenido, nada más amado que lo que perdí..."* ¿Aquello que no vivimos también influye en nuestras vidas?

Bienvenidos a esta historia. Bienvenidos a **LA VIDA QUE NO ELEGÍ.**



7 DE NOVIEMBRE DE 2012

EL CONJURO

Bonnie Larson era el tipo de mujer que nadie ve. Invisible ante la sociedad, se acostumbró a vivir en un segundo plano. Las humillaciones en el colegio forjaron en ella un carácter introvertido y áspero que sumado a un físico poco agraciado no le ayudaron a llevar una vida como la de los demás. Eligió el camino fácil. Encerrarse entre las cuatro paredes de su triste apartamento y salir de él sólo para ir a trabajar. El trabajo era toda su vida, y aunque en él sus compañeros tampoco le prestaban la atención que ella en silencio reclamaba a gritos, se adaptó a una rutina cómoda que facilitaba un poco su difícil existencia. Bonnie era un simple peón en una gran cadena de producción para una importante empresa farmacéutica pionera en la ciudad de Nueva York. Pero un frío siete de noviembre, un día que parecía ser normal, una noticia general hacia todos los trabajadores, cambiaría su vida para siempre.

La imponente vicepresidenta ejecutiva de la empresa Nora Clayton, se dirigió hacia todos ellos en lo alto de la escalinata donde se encontraban los ostentosos despachos de los mandamás y desde donde podían tener controlados con unas vistas privilegiadas a todos los peones. Ese día parecía más alta que nunca con su traje azul marino y unos altos tacones que estilizaban su delgada silueta. Llevaba el cabello castaño recogido en un moño alto, iba bien maquillada como de costumbre resaltando sus bonitos y grandes

ojos azules. Su fino y armonioso rostro estaba en constante tensión, no tenía ningún problema en mostrarlo apretando sus carnosos labios. Con un seco buenos días, llamó la atención de las veinte mil personas que estaban trabajando duramente en la cadena de producción. Incluida Bonnie, que alzó su mirada de ojos saltones oscuros bajo unas grandes gafas de pasta que cubrían casi toda su huesuda cara.

-Lamento informaros que diez mil de las personas que estáis trabajando actualmente en la cadena de producción seréis despedidas en quince días. A lo largo de esta semana recibiréis vuestra liquidación. Gracias por vuestra atención.

Esas palabras resonaron en la mente de Bonnie como taladros en una pared. Empezó a sentirse mal, al igual que el resto de trabajadores que empezaron a cuchichear alterados y muy enfadados entre ellos. Nadie entendía nada. La empresa facturaba billones de dólares al año, pero lo que aún no sabían es que unas sofisticadas máquinas de última generación sustituirían a las diez mil personas que serían despedidas y que resultaban mucho más costosas. Reducción de costes. Ni más ni menos, nada personal. Nora Clayton volvió a su despacho con aires de superioridad, Bonnie pudo ver en sus ojos claros, que poco le importaba que diez mil personas se quedaran en la calle repentinamente sin un sueldo con el que vivir. Nadie se acercó a Bonnie. Nadie la alentó con las palabras que necesitaba escuchar...

-Seguro que a ti no te despiden Bonnie. Eres la más eficiente en la cadena.

Pero nadie se acercó a ella. Nadie le dirigió la palabra. Y como de costumbre, nadie la miró.

Media hora después, Bonnie aprovechó su tiempo de descanso para armarse de valor y subir al despacho de la vicepresidenta. Nunca lo había hecho, ni ella ni nadie. Nora Clayton era inaccesible, fría como el hielo y muy poco cercana. Cualidades que sus superiores valoraron enormemente para darle el puesto de vicepresidenta ejecutiva hacía ya cinco años.

Abrió la puerta que conducía a la recepción de la secretaria de Nora, una señora de unos cincuenta años estirada y prepotente llamada Virginia Brown.

-¿Qué quieres? –saludó Virginia sin apartar la vista del ordenador.

Bonnie aprovechó para correr hacia la puerta que indicaba con una placa dorada que era el despacho de la Vicepresidenta ejecutiva Nora Clayton. Abrió la puerta sintiendo la respiración de Virginia en su nuca y ante la atenta mirada de Nora, sentada en su cómodo sillón de piel blanca frente a una mesa repleta de trabajo amontonado, a penas logró balbucear un ininteligible “Buenos días”.

-¿Te he dado permiso para interrumpirme? –preguntó Nora desafiante. –Virginia, ¿para que te pago?

-Lo siento señora Clayton, ahora mismo... –respondió Virginia que en esos momentos más que una estirada prepotente, parecía un corderito a punto de ser degollado.

-No, ya da igual, déjalo. –interrumpió Nora. -Después de tanto tiempo al fin me confirmas que eres una inútil. Sal de aquí. –continuó, dirigiéndose a Virginia que mirando despectivamente a Bonnie salió del despacho. –Y tú ¿qué quieres?

-No... perdone... yo... Lo siento mucho, sólo quería saber si soy una de las personas a las que van a despedir. – respondió Bonnie mirando al suelo.

-¿Esto está pasando de verdad? –rió Nora escribiendo en su ordenador portátil. -¿Para que tenemos a los chicos de administración? –suspiró mirando de reojo a la trabajadora bajita y delgaducha que tenía delante. -¿Tu nombre?

-Bonnie, Bonnie Larson.

-Larson... Ya... Sí, estás despedida. –respondió Nora forzando una media sonrisa que enfureció a Bonnie.

-Pero... pero...

-Sal inmediatamente de mi despacho. –Nora se acercó lentamente a Bonnie. -¿Qué te he dicho? –preguntó alzando la voz cuando estaba frente a su trabajadora, mucho más bajita que ella. Bonnie miró hacía arriba y en un movimiento rápido le arrancó un par de pelos de la melena castaña de Nora. -¿Pero se puede saber que estás haciendo?

Bonnie corrió lo más rápido que pudo y en vez de volver a la cadena de producción, pasó un momento por su taquilla y recogió sus cosas para no volver nunca más. Aunque a nadie le importaba, nadie se daría cuenta y los de administración pasarían por alto su ausencia a la hora de pagarle lo que le pertenecía. En los diez años que llevaba allí, nadie la había visto, ninguno de sus compañeros había reparado en su aparentemente frágil presencia. No la echarían de menos.

Nora no recordó la extraña situación durante todo el día. Tenía demasiado trabajo como para pensar en un ser

insignificante como lo era Bonnie, cuya existencia no había conocido hasta ese día.



Procedente de una larga estirpe de brujas, Bonnie se dirigió directamente a su apartamento situado en una peligrosa callejuela del Bronx a la que ella no temía. Aunque se le habían acercado con intención de robarle en infinidad de ocasiones, una simple mirada hacía que los ladronzuelos huyeran apresuradamente y muchos de ellos decidieran poner fin a su vida tirándose de cualquier puente. El poder de Bonnie no tenía fin. Aunque la mayoría de sus antecesoras habían utilizado la magia para hacer el mal, Bonnie se había resistido a ello excepto en contadas ocasiones. Mientras abría la puerta de su apartamento, recordó la vez en la que dejó calva a su archienemiga del instituto, la popular Claudia Robinson. La animadora rubia despampanante que le tiraba cualquier bebida gaseosa encima, le rompió tres gafas, la insultaba sin motivo delante de todo el instituto, llenaba su taquilla de gusanos... la gota que colmó el vaso para que Bonnie le hiciera el conjuro que acabó con su preciosa melena dorada, sucedió el día en el que después de educación física, la dejara sin ropa mientras se duchaba. Bonnie tuvo que correr como su madre la trajo al mundo por los pasillos del instituto hasta llegar al despacho de la directora a pedirle ayuda. La madre de Bonnie la sermoneó. La poderosa bruja Elisabeth Larson fue la que le sugirió la idea de dejar a la adolescente problemática calva. Desde entonces, no volvió a meterse con Bonnie, teniendo que aguantar las burlas de los demás compañeros y dejando de ser automáticamente, la más popular del instituto.

Una mala época para la pobre Claudia Robinson que hoy en día a sus treinta y cinco años, sigue sin recuperar su preciada melena. Para Bonnie tampoco corrieron buenos tiempos. Desde aquel momento la llamaron Bruja y nadie se atrevía a acercarse a ella. Se había vuelto invisible incluso para los profesores, que para no tener problemas, la aprobaban en todas las asignaturas aunque fuera con un mísero aceptable con el que Bonnie se conformaba. Siempre fue un bicho raro. Pero ahora ya nada de eso importaba.

Corrió hacia el libro de hechizos y conjuros que heredó de su madre cuando murió de un derrame cerebral. Sí, las brujas también mueren y de la manera más absurda. A Elisabeth Larson le estalló una vena del cerebro cuando estaba practicando magia negra con sus primas de Brooklyn. La emoción con la que decía cada una de las palabras que acabarían con el hombre que le había sido infiel a su prima Casandra, provocaron en ella una muerte fulminante.

Bonnie abrió el gran libro por la página setenta y dos. Cogió los dos pelos que le había arrancado a la imponente Nora Clayton, apagó la luz tenue del salón, encendió cuatro velas negras, cerró los ojos y recorrió con los dedos cada una de las palabras impresas desde hacía siglos en el manual.

“Bonnie Larson te invoca. Bonnie Larson te ordena. Bonnie Larson te envía a la vida que no elegiste. A partir de hoy dejarás de ser tú. Las personas que preferiste no te conocerán. Las posesiones que tienes no te pertenecerán. A tu lugar de origen volverás. Dejarás de ser quien eres para ser quien decidiste no ser. El peor ser humano de la faz de la tierra va a desaparecer.

Bonnie Larson te invoca. Bonnie Larson te ordena. A partir de hoy Nora Clayton será la persona que no eligió

ser. Un mundo paralelo se abre ante ella, el camino no elegido protagonizará una dramática historia sin final feliz. Bonnie Larson te invoca. Bonnie Larson te ordena. Bonnie Larson será al fin la reina”.

Las velas se apagaron. Los dos pelos de Nora Clayton se chamuscaron. Bonnie sudaba y jadeaba, agotada tras gritar con intensidad cada una de las palabras del conjuro que había hecho propio. El libro se iluminó de un color verde intenso como hacía siempre que un hechizo había funcionado y se cerró inminentemente. Bonnie sonrió satisfecha y decidió darse una ducha. Horas más tarde, todo habría cambiado.



DECISIONES IMPORTANTES

Siete de noviembre de 2012. Aparentemente una mañana como cualquier otra aunque sabía que ese día tendría que dar malas noticias en la empresa. Una de las más importantes del sector farmacéutico de los Estados Unidos. Hacía cinco años que me habían nombrado vicepresidenta ejecutiva y aunque anhelaba aquellos tiempos en los que era una simple redactora en una revista de moda, me había acostumbrado a llevar la vida cómoda repleta de lujos que cualquier mujer de treinta y seis años puede soñar.

-Buenos días, cariño. -le di un beso en la mejilla a Stuart, mi marido. Siempre le ha costado madrugar haciéndose el remolón durante eternos minutos... una pérdida de tiempo en mi opinión.

-Un ratito más Nora... por favor...

-No, Stuart, hay que levantarse. -dije firmemente. - Seguro que Matt ya está en pie y hoy te toca a ti llevarlo al colegio.

Matt es nuestro hijo. Un gamberro de seis años idéntico a su padre al que le encanta madrugar... sobre todo los fines de semana, por fastidiar. Eran las seis y media de la mañana, el sol salía tímidamente entre los rascacielos de Nueva York y las agujas del reloj corrían a gran velocidad. Aún tenía que arreglarme, maquillarme, preparar café, el desayuno de los chicos y el almuerzo que Matt se llevaría al colegio. Y si a eso le sumamos el papeleo que aún tenía que ordenar y el tremendo tráfico de Nueva York por las mañanas, podría decir que ya llegaba tarde.

La culpabilidad que sentía por tener que despedir a diez mil trabajadores de la cadena de producción de la empresa, hacía que no pudiera dormir bien por las noches. Había comprado tres milagrosas barras anti ojeras en dos semanas. Tres. Tres son muchas. Sustituiríamos a diez mil personas que se quedarían en el paro con un ridículo finiquito ya pactado entre los peces gordos, por sofisticadas máquinas de última generación que harían el trabajo que hacían ellos. Salían más baratas y trabajarían más rápido. Todo un chollo para la junta directiva. Genial para Stuart, el hijo de mi superior, que a partir de ese momento tendría menos trabajo que hacer en el departamento de administración.

Conocí a Stuart hacía doce años. Él era modelo, uno de los mejores y mejor cotizados del momento. Un día fue a la revista para concederle una entrevista a mi compañera Patricia. Ella se enamoró profundamente de él y fueron a cenar en un par de ocasiones. Pero un día fue a buscarla y me vio tras la pantalla de mi ordenador. Yo ni siquiera reparé en él, pero me invitó a tomar un café. Acepté, claro. Un hombre guapo, popular, con estilo, alto y fuerte... ¿Cómo resistirse? Después de ese primer café vinieron muchos más. Y comidas informales, cenas elegantes, fiestas... Cuatro meses más tarde, ya vivíamos juntos en un formidable apartamento de Upper East Side, barrio en el que nos hemos quedado, aunque en otra vivienda mucho más grande y ostentosa. Patricia por supuesto, dejó de ser mi amiga. Creo que aún, esté donde esté, me odia a muerte y desea que me quede calva, sorda y coja.

Stuart dejó su carrera como modelo y empezó a trabajar con su padre, el gran e imponente directivo de la empresa farmacéutica Michael Clayton. Colocó a su hijo como jefe del departamento de administración aunque aún no sepa sumar dos más dos sin la necesidad de una calculado-

ra. Lo que no esperábamos, es que un año después, me nombrara a mí vicepresidenta ejecutiva. Al fin nos prestó atención y supo que yo tenía dos carreras universitarias – periodismo y económicas-y le vino muy bien confiarme el puesto en la empresa tras la jubilación de su mano derecha, la cruel Charlotte Smith. Y en los cinco años que llevaba, no le había defraudado. Al contrario. Tal y como siempre me decía, le había sorprendido gratamente y era un orgullo contar con mi presencia, valía, poderosa inteligencia y profesionalidad. Pero yo me había convertido en una arpía. En el despacho no me soportaba ni yo misma y deseaba salir corriendo por la puerta y escaparme a cualquier otro lugar que no tuviera que ver con ese mundo. Me había convertido en alguien a quien hubiera detestado si lo hubiera conocido en otro momento de mi vida. Elegí mi destino, mi manera de vivir e incluso mi forma de ser y de tratar a los demás. Con cada mirada de desprecio, con cada sonrisa burlona o con cualquier palabra cruel hacía mis empleados, me estaba ganando el infierno.

Me despedí de Matt en la puerta. Stuart, aún con la necesidad de un buen tanque de café que lo espabilara, asimiló al fin, que esa mañana le tocaba a él llevarlo al colegio, a tres manzanas de nuestro apartamento.

-¡Mamá, déjame...! –dijo Matt frotándose con fuerza la mejilla que yo había besado dulcemente. Ya no era un bebé al que comerme a besos mientras escuchaba su risita. Se estaba haciendo mayor y era una vergüenza que su madre le besuqueara aunque fuera en la intimidad de nuestro hogar.

-Luego te veo. Va a ser un día duro. –comentó Stuart encogiéndose de hombros con una sonrisa sarcástica que llegó a molestarme.